

## LOS PROFESORES ESPAÑOLES EXILIADOS EN LA UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO (1939–1949)

*Por Javier Malagón Barceló*

*“...Solicitaron así mismo facultad, para traer, cuando fuere menester, lectores de otras partes, señalarles las lecciones, fijarles congrua remuneración si el tesoro de la Universidad lo sufre...” Bula de Paulo III, In Apostolatus Culmine, por la que se crea la Universidad de Santo Domingo.*

El paso de la frontera con Francia llevó a la mayoría de los liberales españoles a campos de concentración improvisados, bien en los propios Pirineos o en la costa del Mediterráneo. En Bourgmadame hubo que dormir sobre la nieve —no olvidemos que Puigcerdá caía en manos de los nacionalistas el 11 de febrero (1939), aniversario de la proclamación de la Primera República Española; ironías de la vida! — y que no había dejado de nevar desde los primeros días del mes. Allí empezó para muchos la peregrinación del exilio: días de esperanza de obtener los “papeles”; permiso de las autoridades francesas para salir del campo de concentración al puerto de embarque y, al fin, convertirse en pasajeros de ínfima clase en un trasatlántico, el “Lasalle” u otro semejante, ya empezada la Segunda Guerra Mundial, para marchar de Francia hacia Inglaterra, donde se incorporaría a un convoy hasta Canadá y, separado de él, costearía los Estados Unidos para ir a parar a las Antillas Francesas. Allí, cambio de barco, a uno de cabotaje, el “Saint Domingue”, que tocaba en casi todas las islas de las Antillas Menores, Martinica, Mariagalante, Dominica, Guadalupe, Montserrat, Antigua, San Martín y Saint Thomas, donde por primera vez pisamos tierra americana. Bordeando Puerto Rico, llegamos a Puerto Plata después de 35 días de navegación y, desde esta ciudad, cruzamos la Isla Española de norte a sur, hasta la vieja Santo Domingo, donde no sabíamos cómo podríamos sobrevivir.

Contar los primeros días en la República Dominicana sería repetir lo que han narrado tantos otros.<sup>1</sup> Todos teníamos el afán de trabajar y volver a sentirnos *uno*, y este milagro lo hizo el Rector de

la Universidad de Santo Domingo, Don Julio Ortega Frier, al ofrecernos enseñar en la Facultad de Filosofía y Letras, que acababa de crear y quería que empezara a funcionar aquel propio año de 1939 o, a lo más tardar, después de las vacaciones de Navidad y Año Nuevo.

Don Julio era un hispanista y un amante sincero de España a la que no conocía. Había estudiado en los Estados Unidos, en Harvard University, y la posición de los angloamericanos con respecto a los problemas de las relaciones humanas le había llevado a estudiar el pasado español de su país y a convencerse de que si la pequeña nación, que es la República Dominicana, quería sobrevivir en el mundo actual tenía que reafirmar su raíz española frente a la posible invasión cultural angloamericana del norte y la afrofrancesa del oeste.

En el orden pedagógico, admiraba a Don Francisco Giner de los Ríos, cuya obra conocía y había estudiado a fondo; muchas de las innovaciones que introdujo o quiso introducir en la Universidad llevaban la impronta de Giner. Pero este interés no era nuevo, ya que descubrió a Don Francisco en los tiempos en que fue Intendente de Educación (tal vez por influjo de Pedro Henríquez Ureña, de quien era buen amigo y al que admiraba) y en la enseñanza primaria y secundaria llevó a cabo una serie de reformas, partiendo de la Institución Libre de Enseñanza. Para Don Julio había dos grandes figuras en el campo de la educación dentro de nuestro mundo hispánico: el portorriqueño Eugenio María de Hostos y el peninsular Giner de los Ríos, por coincidencia nacidos en el mismo año de 1839.

Sentía orgullo Don Julio de que Santo Domingo hubiera sido la primera provincia española en el Nuevo Mundo, circunstancia que convirtió a la Isla en campo de experimentación del trasplante cultural hispánico: la primera audiencia, el primer virreinato, la primera misa, la primera fortaleza, los primeros matrimonios mestizos, los primeros criollos, los primeros poetas y, por lo tanto, la primera poesía, las primeras luchas entre nativos y peninsulares, el primer tratado entre los dos grupos, en el que se reconocía el derecho de autogobierno, el primer arzobispado, la primera catedral, el primero y único gobierno que tuvo jurisdicción desde la Tierra del Labrador a la del Fuego, la primera universidad... Siendo Rector, el 28 de octubre de 1938 había conmemorado con todos los honores del caso el cuarto centenario de la Bula *In Apostolatus Culmine*,<sup>2</sup> en virtud de la cual el Papa Paulo III reconocía, con los mismos

privilegios de la institución fundada por el Cardenal Cisneros en Alcalá de Henares —“una semejante Universidad de doctores maestros y estudiantes, al modo de la de Alcalá...”— a la Universidad de Santo Domingo de Aquino, creada originalmente en el convento de los dominicos por la Orden de Predicadores. En esta ocasión, invitó a Don Fernando de los Ríos, entonces Embajador de España en los Estados Unidos. Don Fernando conquistó a todas las gentes, desde el Dictador al hombre de la calle. Habló en la Universidad impresionando de tal forma al auditorio que, a menudo, se oía la frase “Como dijo el Dr. de los Ríos...” En cierto modo esta visita se convirtió en un hito de la historia de la Isla: esto ocurrió “antes” o “después” de la charla de Don Fernando. El amor de Don Fernando a su Patria, expresado al hablar de la obra de España en América,<sup>3</sup> refiriéndose a la fundación de la Universidad de Santo Tomás, incluso hizo cambiar la política del jefe del gobierno dominicano y su posición hostil hacia la República Española se transformó en una actitud amistosa, llegando incluso a ofrecer a su “primo” —calificativo que daba a Don Fernando— la acogida de liberales españoles en caso de ser derrotado el gobierno legítimo.

Don Julio, por su parte, había encontrado en Don Fernando un padrino entusiasta de su tesis de la primacía de Santo Domingo en el Nuevo Mundo, y lo más querido para él era el que la Universidad de Santo Domingo, sucesora de la de Santo Tomás de Aquino, fuera sin duda la primera y, por lo tanto, la más antigua de América.

La llegada de los exiliados ofrecía la oportunidad de disponer de los profesores que necesitaba la nueva Facultad, lo que Don Julio consideraba imprescindible para que la universidad que regía no consistiera en una simple escuela profesional de la que salían médicos, abogados, ingenieros y farmacéuticos, pero no humanistas, quienes eran los que daban contenido a la “comunidad de maestros y discípulos” de los Estudios Generales definidos en las Partidas de Alfonso X. Al efecto, hacia mediados o fines de octubre, Don Julio reunió a un grupo de universitarios españoles recién llegados a Santo Domingo en el rectorado de la universidad. Nos fue examinando a todos y cada uno sobre lo que podíamos enseñar en la nueva Facultad y de ahí se establecieron las “materias” cuya docencia se podía iniciar, así como las condiciones económicas de nuestro trabajo: \$100 pesos mensuales (es decir, 100 dólares, ya que esta era la moneda circulante a nivel de billete de banco) durante el año académico, cantidad de la que se descontaba el 10% para el Partido Dominicano, con lo que nos quedaban \$90 para vivir. Nos pareció en aquellos momentos que éramos las personas más afortunadas:

podíamos ejercer nuestra profesión, es decir, enseñar, con un sueldo modesto pero suficiente, teniendo en cuenta el nivel de vida del país.

El primer grupo de profesores estuvo formado por Vicente Lloréns Castillo, quien había pertenecido al Centro de Estudios Históricos de la Junta de Ampliación de Estudio y dirigiendo en Madrid la Escuela Internacional Plurilingüe, y a quien se le encomendó la enseñanza de la literatura española; Vicente Herrero Ayllón, profesor ayudante de derecho político de la Universidad de Madrid y alumno y traductor de Laski en la School of Economics de Londres, quien enseñaría sociología; Antonio Regalado Sánchez, catedrático de instituto de segunda enseñanza en Madrid, quien se haría cargo de la gramática latina; Fernando Sainz Ruiz, inspector de enseñanza y autor de varios libros de materias pedagógicas, sería profesor de esta especialidad; Laudelino Moreno se dedicaría a la geografía, asignatura de la que fue catedrático en la Escuela Superior de Comercio de Madrid y en otros momentos auxiliar de la cátedra de Historia de las Instituciones de América, en la Universidad de Madrid, que regentaba Don Rafael Altamira, y Amós Sabrás Gurrea, catedrático de matemáticas, creo que en Logroño, su ciudad natal, a quien se le confió la docencia de álgebra y trigonometría. Este último, como yo que pertencí al grupo de los primeros catedráticos de la Universidad de Santo Domingo en calidad de profesor de Instituciones de América en la época española, pronto pasaríamos a las Facultades de Ciencias y de Derecho, respectivamente, a las que más lógicamente correspondían nuestras especialidades.

La llegada de nuevos contingentes de exiliados españoles y el "asentamiento" de otros venidos con anterioridad en la capital de la República, hizo que se aumentara el número de profesores ya no solo en la Facultad de Filosofía y Letras sino también en otras de la vieja Universidad, y a ella se fueron incorporando, por más o menos tiempo, el inspector de enseñanza Luis Alaminos Peña, quien dio clases de psicología de la educación y didáctica; el médico militar Antonio Román Durán, Director del Servicio Psiquiátrico del Ejército, nombrado profesor de Psicología; Malaquías Gil Arantegui, catedrático del Instituto de Segunda Enseñanza (historia y geografía) de Jaca y profesor ayudante de la Universidad de Zaragoza, quien enseñaría historia y geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Compostela y buen conocedor del gallego, a quien se le asignó la cátedra de lengua y literatura portuguesas, que en aquellos momentos, por razones muy curiosas, se quería fomentar.

La presencia de otros exiliados universitarios que no podían tener cabida en la Facultad de Filosofía y Letras, llevó a Don Julio a nombrar a varios de ellos para Facultades profesionales y actividades no docentes de la Universidad. Era una oportunidad para reforzar el personal académico, con gente bien preparada que se dedicaría a “tiempo completo” a la docencia, ya que la mayoría, por no decir la totalidad del profesorado nacional, eran profesionales a los que por diversas razones les gustaba ser catedráticos y, a veces, sin mucho tiempo para atender debidamente esa función. Así en la Facultad de Ingeniería, a más de Amós Sabrás, enseñaron el matemático e historiador de las ciencias, hombre conocidísimo por sus publicaciones sobre esta materia, Francisco Vera y Fernández de Córdoba y el ingeniero de minas Francisco Rived, quien fue profesor de Geología; de los laboratorios de la Facultad de Farmacia se hizo cargo y los organizó Ricardo Martín Serra, quien había sido profesor ayudante en la Universidad de Barcelona; Don Constancio Bernaldo de Quirós (Don Bernardo como algunos le llamaban, lo que le irritaba en grado sumo) se encargó, en la Facultad de Derecho, de la enseñanza de la Criminología.<sup>4</sup> Era Don Constancio hombre de edad ya avanzada, con gran prestigio en su especialidad por las investigaciones que había realizado tanto en este campo como en el de Derecho Penal y Sociología, sobre las que había publicado numerosos trabajos, y a más había sido maestro de varios de los grandes penalistas españoles e hispanoamericanos. En la misma Facultad hube de aceptar las cátedras de Derecho Romano e Historia del Derecho Español y de Indias, lo que me supuso, en relación al primero, un gran esfuerzo no obstante haber hecho ampliación de estudios sobre la materia en la Universidad de Tübingen, pues la tarea de actualizar mis conocimientos no fue nada fácil en los primeros momentos por la escasez de libros en la Biblioteca universitaria. La dirección de esta biblioteca fue confiada a otro exiliado, Luis Florén Lozano, aragonés, quien al estallar la guerra civil estaba preparando oposiciones para el Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos.

Se creó una sección de Deportes en la Universidad, pues Don Julio, sin duda por influencia de sus años en los Estados Unidos como estudiante de una Universidad americana —y tal vez por lo que le contaron algunos españoles de sus universidades en los años treinta, en las que el atletismo y otras manifestaciones deportivas fueron parte de la vida de las mismas— le llevaron a nombrar para dirigir dicha sección a Julio García, que había sido profesor de educación física en el Instituto Escuela de Madrid y, como segundo, a Julio Montes, un excelente deportista y profesor de gimnasia.

Adscrito a la Universidad se fundó el Instituto Geográfico y Geológico, al frente del cual puso a Ramón Martorell Otzet, coronel del Cuerpo de Ingenieros militares de España, miembro de la comisión de urbanización de Barcelona y, sobre todo, conocedor como pocos de la cartografía española, en particular, y la mediterránea; adjunto a él se nombró al también coronel del ejército español, pero del Estado Mayor, Aurelio Matilla Jimeno y al topógrafo del Instituto de Estadística de Madrid, Domingo Martínez Barrios.

Don Julio se sentía feliz con el grupo de profesores que había adquirido para su Universidad, gente de su propia cultura (aunque en su mayoría estudiaron también fuera de España, especialmente en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia) y en general joven, pues sólo cuatro de un total de 21 habían nacido en el siglo pasado —dos en el decenio de 1890, Sabrás y Sainz, uno en el de 1880, Vera, y el último, Bernaldo de Quirós en 1873—, el resto en la primera decena (12) y en la segunda (5) del presente siglo, es decir que se encontraban entre los 25 y 39 años de edad. A ello había que añadir el entusiasmo, energía y capacidad y por lo tanto un mayor rendimiento en sus tareas docente y universitaria. Prueba de esto es que pronto iniciaron sus clases con puntualidad y regularidad —era su única ocupación la cátedra— y empezaron a colaborar en diversas publicaciones universitarias del exterior y en los *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, que era la única existente, de carácter académico, en la República Dominicana, así como en revistas profesionales, literarias... y concretamente en *La Nación*, periódico que se acababa de fundar y que dirigía un refugiado español, y en otras publicaciones especialmente las políticas de la emigración como *Democracia* al frente de la cual estaba el valenciano Rafael Supervía, que trabajaba en el bufete de Don Julio como abogado.

Pero la ayuda de Don Julio a los liberales españoles, que según él no era sino ayuda a su país, le llevó a tratar de sacar de la Francia ocupada por los “nazis” a varios universitarios españoles que no habían podido salir de aquel país; entre ellos al historiador y juez de la Corte Internacional de La Haya Don Rafael Altamira que se encontraba viviendo en el Sur de Francia con su mujer y parte de su familia. Se hicieron innumerables gestiones que resultaron infructuosas. Cuando al fin logró Don Rafael salir de Francia, tras una serie de negociaciones con las que jugó un papel importante el Rector de Columbia University de Nueva York, gracia a las cuales pudo atravesar España sin que le molestaran para embarcar en Lisboa con

destino a los Estados Unidos camino de México donde vivían sus dos hijas con sus respectivas familias,<sup>5</sup> lo primero que hizo Don Rafael fue escribir una carta cariñosísima a Don Julio agradeciéndole su interés. En México hablamos de Santo Domingo, de sus gentes, de Don Julio en diversas ocasiones, con Don Rafael y siempre sus palabras eran: “Algún día iré, pues es una de las pocas naciones americanas que no conozco y como historiador me gustaría entrar en contacto con las tierras del Nuevo Mundo donde nuestros antepasados iniciaron la obra de España en América. Santo Domingo, no cabe la menor duda, tiene el derecho a la primacía en todo.” Lástima que ese deseo de Don Rafael no se pudo cumplir. Estoy seguro que tanto Don Rafael como Don Julio se hubieran entendido a la perfección.

Era Santo Domingo en aquel entonces un “medio” pequeño, pese a su extensión como centro urbano y a su población relativamente densa, pues los habitantes que, en efecto, contaban constituían un grupo limitado dentro del cual había una élite aún más reducida que marcaba las pautas de la vida de la ciudad. Don Julio pertenecía a esta élite y el apoyo que dio a los exiliados españoles no fue bien visto por otros que eran parte del propio núcleo.<sup>6</sup> De ahí que, con discreción, Don Julio les trató de demostrar que su conducta era la debida y que el profesorado que había contratado era capaz y útil al país. Para comprobarlo bastaba con asistir a las clases, pero no se trataba de mezclarse con la gente joven y por ello se acudió a la “conferencia” bien en la propia Universidad o en el Ateneo Dominicano. Así uno tras otro fueron hablando sobre temas de historia, literatura española o de política o economía que podían interesar a la clase intelectual de la ciudad. Con sus altos y bajos, fue aceptada la actuación de Don Julio y, aun aquellos que le criticaron en algún momento, acabaron siendo en muchos casos amigos y hasta protectores de los catedráticos que había seleccionado el Rector.

Don Julio estaba dispuesto, costara lo que costara, a que la Universidad Primada, como le gustaba llamarla, no lo fuera sólo por sus años de existencia sino también por su calidad y tal vez —aunque no se atrevía a decirlo en voz alta— a que ejerciera un influjo en el mundo hispánico del Caribe, como lo tuvo en otros momentos de su historia, historia que él conocía bien, ya que la trabajó a fondo con motivo del cuarto centenario de su fundación e incluso le había llevado a enfrentarse con el “peculiar” fraile capuchino español fray Cipriano de Utrera, residente en Santo Domingo, quien negaba la condición de pristina a la Universidad.

Fueron invitados a visitar la Isla personas de prestigio universal, como Emil Ludwig, autor de las famosas biografías de Napoleón y de Bismarck, para dar conferencias en la Universidad<sup>7</sup>; se trató de convencer a Don Salvador de Madariaga quien acababa de publicar un libro sobre Colón, en el que hacía comentarios irónicos sobre el nombre con que se había bautizado recientemente a la vieja ciudad de Santo Domingo a que se uniera a los otros exiliados que enseñaban en la Universidad aunque fuera sólo temporalmente para dar unas conferencias o cursillo; ello no fue posible pero en cambio se consiguió que el juez estadounidense Otto Schoenrich, nombrado catedrático "honorario" de la Universidad, hablara de los "Pleitos de los Colones", tema sobre el que tenía varios artículos. En estos años del rectorado de Don Julio y de su sucesor, el fino poeta, Virgilio Díaz Ordóñez, fueron numerosos los profesores e intelectuales extranjeros que ocuparon la cátedra universitaria; Schweitzer (Women Hospital de Nueva York), Rosenberg (Presidente de la Dominican Settlement Association), Ireland (Law School de Boston), Boggs (University of North Carolina), Gitz-Gerald (University of Arizona), Bisop y Vance (ambos de la Legal Division de la Biblioteca del Congreso de los E.U.A.), Kahn (University of Michigan), Damesheck (Tufts Medical School de Boston), Corrigan (Embajador de los E.U.A. en Venezuela), Rothstein... entre los americanos; mexicanos eran Portes Gil (ex Presidente de los E.U. Mexicanos), Silvio Zavala (El Colegio de México), Julio Jiménez Rueda, (Director del Archivo General de la Nación), Alberto María Carreño (Universidad Nacional Autónoma de México)...; cubanos como Font Abreu, Castillo, Martínez, Ramírez de Ollivella y Galigarcía (catedráticos de la Universidad de La Habana), José María Chacón y Calvo (Director de Cultura del Ministerio de Educación), Medardo Vitier (ex Ministro de Educación), Núñez Portuondo (Diputado)...; el Dr. Bussalleu, peruano; Dantes Bellegarde, haitiano (historiador y diplomático); el austríaco Robitscheck; el colombiano Soto del Corral (ex Ministro de Relaciones Exteriores); el panameño Goytia (Ministro de Educación); el venezolano Rivero (Universidad Central, Caracas); los franceses Ary Le Dantec y el célebre cirujano Dr. Marión; el sirio Habib Estefano (Universidad de Damasco)... participaron también portorriqueños, como Ramírez de Arellano, Amadeo y Soto (los tres de la Universidad de Puerto Rico), y hasta funcionarios internacionales, como el mexicano Pedro de Alba (Subdirector de la Unión Panamericana.<sup>8</sup> A todos ellos hay que añadir los españoles republicanos residentes en otros lugares del Continente o que se encontraban de paso en la República Dominicana. Así, visitó Santo Domingo el poeta Pedro Salinas, profesor de literatura española en John Hopkins University, Baltimore, y, en el

momento en que llega a la Isla (1944), profesor visitante en la de Puerto Rico. Salinas, nos cuenta Lloréns,

*"...dio varias conferencias en la Universidad, tres de ellas sobre Rubén Darío... La presencia de Salinas vino a ser el acontecimiento literario del año, no sólo para los emigrados republicanos que veían entre ellos a una de sus más destacadas figuras poéticas, sino para los dominicanos..."*<sup>9</sup>

Pero antes que Salinas ofrecieron cursillo o conferencias Don Constancio Bernaldo de Quirós, profesor que fue del Instituto de Estudios Penales, en Madrid, quien habló sobre "Criminología y Penología (21 conferencias), y Francisco Vera, Director de los *Anales de la Universidad de Madrid*, que presentó 22 lecciones sobre introducción a la matemática general; más tarde, ambos fueron incorporados en la Universidad como profesores especiales. A ellos siguieron el catedrático de la Universidad de Valencia exiliado en Colombia, donde enseñaba en la Universidad de Bogotá, José María Ots Capdequí, quien trató el tema del régimen de la tierra en la América española (12 lecciones); Don Mariano Ruiz Funes, Vicerrector que fue de la Universidad de Murcia, y al que Brasil acaba de otorgar el premio Peixoto por su obra como penalista, quien dio un cursillo sobre el tema "Algunos problemas del testimonio"; Don José Giral, ex-Rector de la Universidad de Madrid y catedrático de su Facultad de Farmacia, quien en unas cuantas lecciones estudió "Los problemas de la alimentación en la postguerra", y Gabriel Franco, catedrático de la Universidad de Salamanca y, en el exilio, profesor en la de Puerto Rico. Estos tres españoles, aparte de su carrera académica, habían jugado un destacado papel en la política de España en los años treinta como ministros del Gobierno de la República. Esta circunstancia para Don Julio era también importante, pues la presencia de hombres liberales en la isla favorecía en cierto sentido la aceptación del gobierno que regía a la República Dominicana y le daba respetabilidad, y aunque él, en la intimidad, era crítico del dictador y su política, le preocupaba la imagen de su país en el exterior.

Luis Jiménez de Asúa, catedrático de la Universidad de Madrid y, en el terreno de la política, presidente de la Comisión del Congreso de los Diputados Redactora de la Constitución de 1931, fue otro de los conferenciantes que visitaron a Santo Domingo a iniciativa de Don Julio. Dictó conferencias en la Universidad, sobre materia penal, y en el local del Ateneo Dominicano, invitado por el grupo español "Al Servicio de la Democracia". Tal vez fue el conferenciante que

mayor éxito de público tuvo. Habló de los problemas de España con tal claridad y crítica satírica que entusiasmó a muchos dominicanos, ya no sólo por el afecto que le tenían sino porque en su exposición de la política dictatorial española del momento veían la imagen de su propia situación.

En la Universidad, la presentación de Jiménez de Asúa corrió a cargo del Decano de la Facultad de Derecho, Lic. José Antonio Bonilla Atilés, uno de los hombres más unidos a Don Julio en la tarea de renovar la Universidad, pero al mismo tiempo distanciado de él en el orden político, y aunque no le quedaba más remedio que colaborar con la situación política que imperaba en el país, aprovechaba cualquier ocasión para mostrar esa disconformidad. Por eso no era de extrañar que en sus palabras de gran hispanismo pusiera unas gotas de protesta y amargura:

*“...Los clamores de la tragedia española conmueven a los países hispanoamericanos. Cuando el cataclismo final provoca un postrer desbordamiento de raza española en nuestro suelo sentimos en lo íntimo de nuestro ser cómo se desgarran el corazón de la madre olvidada, y cuatro siglos de un glorioso pasado se sublevan en nuestra memoria. América se solidariza con la causa de la libertad española, ve en ella un símbolo, advierte un presagio y hace acopio de fuerzas y experiencia para un futuro que habría de ser inmediato.*”

*No llegan esta vez los capitanes de antaño, con la mirada fiera y la tizona al cinto, ni la caravana de monjes con el venerable símbolo de la cruz. Llega algo más vivo, más candente. Viene el espíritu mismo de España, abatido pero no vencido en la lucha sangrienta por el ideal republicano. Viene el espíritu intranquilo del pensamiento selecto, del pensamiento que abrasa las conciencias, del pensamiento eterno que redime a los pueblos; del pensamiento que es preludeo de la más redentora cruzada de todos los siglos: la lucha actual por la democracia.”*

y continúa:

*“...América empieza a descubrir a España.*”

*La descubre oyendo la palabra de sus ilustres políticos, que vierten sus ideas de renovación social con la devoción de un apostolado; ya reverenciando a un anciano profesor, que vibra como un adolescente al recordar la tragedia de la patria lejana; ya recibiendo la enseñanza serena del hombre de ciencia, que habrá de*

*reconstruir sus libros excomulgados y malditos por la más absurda de las incomprendiones; en la silente investigación de un filólogo, de un historiador o de un matemático; ... y hasta en el ambulante vendedor de cigarrillos que —humilde hombre culto— convierte su estanco en tribuna que proclama con muda elocuencia, lo que cuesta mantener esta sencilla palabra: **dignidad**.*<sup>10</sup>

A la serie de conferencias españoles debe agregarse a Luis Fernández Clérigo, Vicepresidente del Congreso de los Diputados; José Antonio Aguirre, Presidente del Gobierno Autónomo del País Vasco; Honorato de Castro, catedrático de ciencias de la Universidad de Madrid y Director del Instituto de Estadística; Jesús Vázquez Gayoso, profesor de la Universidad de Madrid... Santo Domingo volvía en aquellos años a jugar el papel que cumplió en los comienzos del siglo XVI de ser lugar de paso a otras regiones del Nuevo Mundo, y por allí pasaron Ignacio Mantecón, Gobernador General de Aragón y antiguo archivero del Archivo General de Indias; Rafael Sánchez Ventura, profesor de historia del arte de la Universidad de Zaragoza; Sebastián González de la Universidad de Santiago de Compostela; Castelao y Suárez Picayo, ambos diputados galleguistas en el Congreso...

En resumen, entre los años 1939 a 1945 fueron numerosos los que hablaron desde la cátedra universitaria. Don Julio luchaba por situar a "su" Universidad en el lugar que él creía que le correspondía. Gastó dinero en ello pero, como decía, "los costos de la cultura rinden los mejores dividendos y, por lo tanto, no deben escatimarse..." y añadía "por cara que se pague una tarea intelectual siempre es menos de lo que en realidad vale... yo en relación con ustedes me comporto como un tratante de esclavos, compro, a sabiendas, a bajo precio lo que tiene un valor superior... y ustedes felices pues pueden reiniciar su labor de creación y docencia cuando creían que ellas sólo serían un pasado de su vida."<sup>11</sup>

Con Don Julio se creó también la serie de publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, la que me encargó que dirigiera. Con anterioridad se habían editado folletos con el sello de la propia Universidad, tales como el discurso de Don Julio en la ceremonia del IV Centenario de su fundación y alguna otra obra como la de *Los Americanos en Santo Domingo. Estudio acerca del imperialismo americano*, de M.M. Knight (aparecida originalmente en Nueva York, 1938, con el título *The Americans in Santo Domingo*) y algún otro trabajo que ahora no recuerdo. Igualmente se habían iniciado, como publicación periódica, los *Anales de la Universidad de Santo*

*Domingo*, cuya periodicidad no se había fijado, y el *Anuario*, que debía publicarse antes de empezar el curso académico. Los *Anales* adquirieron fechas fijas, trimestrales, y se establecieron en ellos secciones de ciencias y letras, documentos, reseña de libros y noticias, naturalmente relativas a la vida de la Universidad. Contaban con la colaboración de los profesores universitarios, tanto dominicanos como españoles y extranjeros; muchos de los trabajos que se incluyeron fueron, durante cierto tiempo, los textos de las conferencias pronunciadas por aquellos. Se puede decir que todos los profesores españoles estuvieron presentes en la nómina de colaboradores de los *Anales*, lo mismo que casi la totalidad de los demás que visitaron a Santo Domingo invitados por su Universidad.

La bibliografía dominicana a nivel universitario escaseaba y los estudiantes utilizaban como libros de texto y de consulta obras extranjeras en su idioma original francés e inglés; por ejemplo, los alumnos de la Facultad de Derecho se preparaban, en ciertas asignaturas, a base de obras de derecho francés, con grandes dificultades pues mal conocían el idioma; la razón residía en que algunos de los códigos dominicanos eran los propios franceses traducidos al español, salvo algunas modificaciones menores; y en cuanto al régimen de tierras, se había adoptado el sistema Torrens de Australia, que lo estudiaban en textos ingleses, complementados con las notas de las explicaciones del profesor. Las publicaciones de la Universidad iniciaron una bibliografía nacional —y curiosamente dieron un giro nacionalista a muchas manifestaciones del pensamiento que dependían del todo de fuentes extranjeras— que no se limitaba a solo temas dominicanos. Los cursos de Don Constancio Bernaldo de Quirós figuran en los primeros volúmenes de la serie: *Curso de Criminología y Derecho Penal* (1940) y *Lecciones de Legislación Penal Comparada* (1944); a ellos siguieron los de Giral, *Los problemas de la alimentación en la postguerra* (1945); *El régimen de la tierra en la América Española durante el período colonial* (1946), de Ots Capdequí, *Algunos problemas del testimonio*, de Mariano Ruiz Funes (1946). Unido a ellos se publicaron estudios como los de Ramón Martorell, *La proyección gnomónica sobre el horizonte de Santo Domingo* y *Características de la carta preliminar del territorio nacional* (ambos en 1945); los de Almoína, *La biblioteca erasmista de Diego Méndez* (1945) y *Rumbos heterodoxos de México* (1947) o el que yo preparé, titulado *El Distrito de la Audiencia de Santo Domingo en los siglos XVI a XIX* (que apareció en 1942 con motivo del IX Cincuentenario del Descubrimiento de América). También Francisco Vera recogió sus lecciones de historia de las matemáticas... Naturalmente, hay que añadir las publicaciones

de los catedráticos dominicanos, empezando por el propio Rector, Don Julio, quien además de las palabras que pronunció en ocasión del IV Centenario de la Bula "In apostolatus culmine" de Paulo III, publicó la obra titulada *Lugar del aprendizaje activo en la Universidad* (1944) en la que recogía sus puntos de vista sobre la universidad a la que aspiraba; Emilio Rodríguez Demorizi, Robles Toledano, Bonelly, Joaquín Salazar y tantos otros que figuran en la nómina de autores de las Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo y, junto a ellos, los del extranjero, como Ireland, que ofrecieron conferencias en aquellos años en la Universidad, pues muchas fueron impresas en los *Anales* y, como separatas, incorporadas en la serie de Publicaciones. Al comienzo de la década de los cincuenta, el número de volúmenes se acercaba al centenar y, en parte, sirvieron para los fines que Don Julio se había propuesto: mostrar que la Universidad Primada estaba a la altura de las mejores de Hispanoamérica y, al mismo tiempo, estimular al profesorado nacional a investigar y a realizar obra propia.

Don Julio no sólo dejó el rectorado sino que tuvo que ocuparse de otros problemas de su tierra alejados de la Universidad. Por una u otra razón, la gran mayoría de los exiliados salimos de Santo Domingo para instalarnos en otras tierras, pero tanto la obra de Don Julio como la de los que pasamos por la Universidad, gracias a su ayuda, han dejado rastro. Y todavía de tarde en tarde recibimos noticias cariñosas de quienes fueron nuestros alumnos, que recuerdan aquellos años como los recordamos también nosotros, con afecto a la Universidad Primada del Nuevo Mundo, a la ciudad en que nació y creció y a sus gentes que nos dieron acogida.

## NOTAS

1. Vicente LLORENS. *Memoria de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945*. Barcelona, Edit. Ariel, 1975 (colec. Horas de España).
2. Julio ORTEGA FRIER. *El IV Centenario de la Universidad de Santo Domingo, 1538-1938*. Santo Domingo, Universidad de Santo Domingo, 1938. (Hay dos ediciones más de 1942 y 1946).
3. Fernando de los RIOS. "The action of Spain in America". En *Concerning Latin American Culture*. New York, 1940.
4. Javier MALAGON. "Don Constancio Bernaldo de Quirós" en *Historia Menor*. México. Sepsetenta. 1976. pp. 132-135.
5. Alaro de ALBORNOZ, Raúl CARRANCA TRUJILLO. Luis SANTULLANO et al. *Homenaje al maestro Rafael Altamira*. México. U.N.A.M., 1952; y Javier MALAGON y Silvio ZAVALA. *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*. México. U.N.A.M. 1971.

6. La propaganda que se había hecho contra la República Española y sobre todo por ciertos sectores de la prensa americana, hacía que este grupo viera en los republicanos gentes "indeseables" que sólo podía traer toda clase de "males" al país. Pronto desapareció este temor al conocerlos y ver su conducta, y no tardaron en establecer las mejores relaciones de amistad y, aun la gente joven y soltera, en enlazar, por matrimonio, con familias dominicana.
7. Ver *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, correspondientes a los años 1940 a 1946.
8. A Ludwig se le propuso que escribiera un libro sobre Santo Domingo y, naturalmente sobre el dictador que regía la República. No hubo acuerdo en el precio que éste pedía. Detalles sobre esta negociación los conozco por haber actuado de intérprete —tenía todavía fresco mi alemán— entre D. Julio y Ludwig.
9. LLORENS. *op. cit.* p. 56.
10. J. A. BONILLA ATILES. "Luis Jiménez de Asúa". *Anales de la Universidad de Santo Domingo*. Año 1943.
11. La presencia del exiliado español en la Universidad no se limitó al cuerpo docente. Así vemos que Don Julio encargó al pintor Angel Botello Barros varios cuadros que decoran las dependencias de la Universidad (Paulo III, Eramo de Rotterdam —inspirado en el grabado de Durero—, el Arzobispo Valera...) y al también pintor José Vela Zanetti un mural en uno de los nuevos edificios de la Ciudad Universitaria. El encuadernador de la biblioteca universitaria fue igualmente un exiliado quien a más de su tarea normal enseñó su oficio, que no existía en Santo Domingo, a los aprendices que le pusieron a trabajar con él.